

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *De él dan testimonio todos los profetas.*

Salmo (117, 1-2.16-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (1ª Corintios 5, 6b-8): *A sido enmolada nuestra víctima pascual: Cristo.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Vio la losa quitada del sepulcro.*

¡Hoy es el gran día de toda la Humanidad! La luz de Cristo resucitado disipa las tinieblas en las que estaba sumido el mundo. El fuego nuevo que hemos encendido en la Vigilia Pascual y el cirio pascual, hermoso símbolo de Cristo vencedor de las tinieblas, lucen ante nosotros recordándonos que con Jesús hemos sido iluminados desde nuestro bautismo y que él continúa alumbrando nuestro diario caminar.

Cristo, Palabra eterna del Padre, resuena en medio de la asamblea para sacarnos del silencio de la muerte y conducirnos desde la meditación sobre los orígenes del mundo y de la humanidad, pasando por las grandes etapas de la historia del pueblo elegido, hasta desembocar en los momentos iniciales de la existencia llena de gozo y esperanza de una comunidad de discípulos que sabe que su Señor vive para siempre y le espera con el triunfo definitivo al final de su peregrinaje.

La palabra “*resurrección*”, que literalmente quiere decir “*volverse a levantar*”, es una de las metáforas más utilizadas y, por lo mismo, mejor conocidas por nosotros. En el Nuevo Testamento se nos dice que Jesús rompió las ataduras de la muerte y tiene una vida nueva. Que fue exaltado, glorificado y ascendió a los cielos. Que está sentado a la derecha de Dios Padre y recibió el nombre sobre todo nombre. Que fue constituido Mesías y Señor, juez de vivos y muertos. Que es el primogénito de entre los muertos, que recibió el Espíritu Santo del Padre y nos lo ha comunicado. Estas y otras expresiones similares fueron utilizadas por los primeros cristianos.

Hoy sabemos lo que sucedió, en toda Judea y Galilea, en Grecia y Roma y lo que sucede en el mundo entero, que los seres humanos se empeñan en seguir condenando a muerte a todo bicho viviente porque no ven posible superar semejante obstáculo que se interpone entre la Humanidad y su horizonte de vivir mejor y más allá de esa barrera. Los cristianos de todo tiempo, lugar y condición, tenemos la oportunidad de poder decir que ese anhelo que nos distingue y que expresamos se hizo realidad. Nuestro futuro no se acaba con la muerte. Nuestra historia no va a ser siempre como ha sido. El desánimo no es la característica más humana. La tristeza no tiene por qué impregnar nuestro interior.

Algunos todavía no creen. No tienen confianza en que Dios vaya a hacer ese milagro tan inalcanzable para los vivos. Y no lo creen a pesar de que nuestros antepasados ya hablaban de que había roto muros infranqueables, como la frontera de Egipto, para escapar, y vallas naturales imposibles, como el mar Rojo, y murallas tremendas como las de Jericó que se disolvieron cual azucarillos con solo el sonido de unas pocas trompetas y tambores. Se empeñan en mantener a la humanidad cerrada en la oscuridad tenebrosa de un sepulcro, negándole la posibilidad de la esperanza y afirmando que esta vida es una vida de muerte y para la muerte.

¡Jesús ha resucitado! Como había dicho y nadie creyó. Desde aquel día los cristianos sabemos también que ocurrió algo que sacudió la Historia, aunque la duda siga estando presente en el frontispicio de las culturas humanas. Que la mayoría no lo crea seguro no tiene por qué disminuir nuestra confianza en quienes nos lo han venido contando y asegurando. Ni ellos mismos podían dar crédito a lo que les ocurría, pero ocurría. Hasta las mujeres, tan reacias, últimamente, a dar crédito a los hombres, no pudieron negarse a la experiencia que ellas mismas vivieron y comenzaron a plasmarlo en sus dichos y en su alegría.

¡Dios ha intervenido! Pero vivir esa experiencia y, sobre todo, sentirla en propia carne por el enorme cambio que introduce en el ser personal y en la vida de alguien..., es otra cosa. Es algo para sentir, experimentar, disfrutar, vivir. Nuestra vida es ya tan distinta que es otra. Por eso podemos hablar de otra vida, porque ya ahora, en esta, sentimos que hay otra que hemos empezado a intuir y presentir. Si otros se enteran y creen, serán ya preresucitados. ¡Serán otros...! ¡Esa es la diferencia: vivir con esperanza!

Sí, Jesús es la Palabra que Dios nos dirige, y esa Palabra no es de muerte, culpabilidad y condena, sino de vida, perdón y libertad. Porque Dios ha dicho su última Palabra en la liturgia de la vida y lo ha sacado del sepulcro a donde la humanidad lo había conducido y encerrado. Y ese mismo Cristo resucitado se ha hecho presente entre nosotros como alimento de salvación. Podemos dar gracias, hacer nuestra eucaristía, porque primero fuimos agraciados por Dios. El cuerpo entregado de su Hijo y su sangre derramada han inaugurado una alianza nueva y eterna de la que somos beneficiarios por pura gracia.

Sigue habiendo mucha maldad en el mundo, sigue habiendo mucha injusticia, siguen existiendo numerosas víctimas porque hay gente violenta y porque hay poderes corruptos que propician que siempre haya alguien dispuesto a sacrificar a sus propios hermanos. Pero, en último término, no es la muerte lo que prevalece, sino la vida; la victoria es de Dios, y Jesús es nuestra Pascua. Por eso se nos dice y nos decimos unos a otros: “*No temáis: Cristo ha resucitado y va delante de nosotros*”.